

in Ana Aguado, Teresa Ortega (dir.), *Feminismos y antifeminismos. Culturas políticas e identidades de género en la España del siglo XX*, Valencia, PUV, 2011, p. 253-281.

CAPÍTULO X.

“La construcción de una cultura política femenina desde el antifascismo (1934-1950)”

Mercedes Yusta Rodrigo* (Université Paris 8)

Introducción

El antifascismo es, probablemente, una de las culturas políticas que más profundamente han marcado la historia del siglo XX español, lo cual contrasta con el escaso interés que ha encontrado su estudio como tal cultura política en la historiografía española. No existe en España un trabajo comparable al que se ha llevado a cabo, por ejemplo, con respecto al antifascismo italiano, y que contempla tanto los aspectos puramente ideológicos del movimiento antifascista como sus ritos, imaginarios colectivos, estrategias de movilización, experiencias colectivas, elementos todos ellos que permiten considerar el antifascismo como una cultura política y no como una mera ideología.¹ Hay que señalar, al mismo tiempo, que caracterizar el antifascismo como cultura política no carece de dificultades. En efecto, “más que un movimiento político estructurado, el antifascismo ha sido en los años treinta una sensibilidad política compartida por todos los que se preocuparon por el ascenso al poder del

* La autora participa en el proyecto de investigación «La cultura nacional española: culturas políticas, políticas del pasado e historiografía en la España contemporánea», HAR2009-12080.

¹ Una notable excepción a esta ausencia historiográfica en el trabajo de Ferrán GALLEGÓ: *Barcelona, 1937: la crisis del antifascismo en Cataluña*. Barcelona, Debate, 2007, en el que propone un sugerente análisis de la cultura política antifascista no solamente como estrategia del PCE para romper su aislamiento y tomar la iniciativa en las luchas sociales del segundo bienio republicano, sino también como reelaboración de una tradición obrera y reconstrucción de una identidad de clase frente a una burguesía que, a su vez, se reorganizaba en torno a alianzas de diversa naturaleza con el fascismo. Un estudio clásico del antifascismo europeo es el de Jacques DROZ: *Histoire de l'antifascisme en Europe, 1923-1939*. Paris, La découverte, 1985. Sobre el fascismo italiano, una complación de la historiografía del antifascismo en Italia y una problematización del antifascismo como cultura política, ver Leonardo RAPONE: *Antifascismo e società italiana (1926-1940)*. Milán, Unicopli, 1999. También Giuseppe ARAGNI: *L'antifascismo popolare*. Roma, Manifestolibri, 2009. Un estudio de la cultura antifascista desde la perspectiva de género se puede encontrar en Patrizia GABRIELLI: *Tempio di virilità: l'antifascismo, il genere, la storia*. Milan, Franco Angeli, 2008, y en Giovanni DE LUNA, *Donne in oggetto. L'antifascismo nella società italiana (1922-1939)*. Turin, Bollati Boringheri, 1995, que insiste en la importancia de un “antifascismo existencial” (concepto desarrollado principalmente por el historiador Guido Quazza) que se habría difundido por la sociedad italiana no tanto a través de organizaciones formales sino de redes personales, en las cuales las mujeres tuvieron un papel esencial. Ver también Guido QUAZZA: *Resistenza e storia d'Italia. Problemi e ipotesi di ricerca*. Milán, Feltrinelli, 1976.

nazismo y de otros movimientos fascistas a los que quisieron oponerse”. Y su definición depende también en gran medida de lo que se entienda por fascismo, puesto que el antifascismo surge y se estructura como reacción y en contraposición a éste, por lo cual “ha habido tantos antifascismos como fascismos”.²

También es problemática su relación con el comunismo, con el que evidentemente tiene lazos muy estrechos; de hecho, el antifascismo se convirtió en un componente esencial de la cultura política comunista durante los años treinta y cuarenta. Pero no es posible reducir el antifascismo, tal y como han hecho autores profundamente anticomunistas como François Furet, a una mera estrategia del comunismo internacional para atacar a la socialdemocracia.³ Ello significaría obviar que el antifascismo se propagó por amplias capas sociales y fue compartido por numerosos movimientos y partidos políticos, especialmente en la medida en que la amenaza fascista se concretó a lo largo del ciclo bélico que comenzó con el golpe de Estado de 1936 en España y se prolongó a lo largo de la Segunda Guerra Mundial. Lejos de constituir una ideología monolítica, el antifascismo se constituyó a partir de la común oposición a los movimientos y regímenes fascistas tomando elementos de un entramado de ideologías, tradiciones y repertorios de acción procedentes del internacionalismo, el comunismo, el pacifismo o, en el caso de su rama femenina, el feminismo.⁴

En el caso español, la atención hacia el antifascismo se ha focalizado de forma muy importante en el período de la guerra civil, que es cuando el movimiento antifascista resulta más visible y activo y cuando se convierte en un actor histórico fundamental en el marco no sólo español, sino también europeo.⁵ Sin embargo, la formación de un movimiento y de una cultura política antifascistas son anteriores a la guerra, lo cual explica por otro lado que en el momento del golpe de Estado del 18 de julio existiesen una serie de estructuras y organizaciones, pero también de discursos, imaginarios colectivos y repertorios de movilización, que permitieron ofrecer al golpe una resistencia efectiva desde un primer momento. Estas organizaciones, discursos, imaginarios y repertorios eran en algunos casos mucho más antiguos que el antifascismo propiamente dicho. Sin embargo, a la altura de 1936 estaban profundamente penetrados por éste; el antifascismo fue, de hecho, una de las argamansas con las que se construyó el Frente Popular a principios de 1936, y fue sin duda el *mot d'ordre* que dio sentido a la resistencia popular contra el golpe de Estado del 18 de julio.

Si el estudio de la cultura política antifascista es un terreno poco explorado, su análisis desde la perspectiva de género es casi un territorio virgen, si exceptuamos los importantísimos

² Bruno GROppo: «El antifascismo en la cultura política comunista», en Elvira CONCHEIRO, Massimo MODONESI, Horacio CRESPO (coords.): *El comunismo: otras miradas desde América Latina*. México, UNAM, 2007, pp. 93-117, citas en p. 94.

³ En especial en François FURET: *Le passé d'une illusion: essai sur l'idée communiste au XXe siècle*. París, Robert Laffont/Calmann Lévy, 1995.

⁴ Sobre la definición del antifascismo como cultura política ver Bruno GROppo, «El antifascismo...».

⁵ Como señala Tony JUDT, "The experience of civil war (...) was central in forming the political imagination of the radical generation of the 1940s". Tony JUDT: «Introduction», in Tony JUDT (ed.), *Resistance and revolution in Mediterranean Europe, 1939-1948*. Londres, Routledge, 1989, pp. 1-25, cita en p. 9.

trabajos de Mary Nash. Así, esta contribución se propone analizar el surgimiento de un movimiento de mujeres antifascistas en la España de los años treinta y su evolución durante la guerra y la posguerra a través de su reapropiación y reelaboración “en femenino” de la cultura política antifascista.⁶ Para ello, nos centraremos en el análisis de la organización que las mujeres antifascistas españolas crearon a partir de 1934 como “sección española” de la organización internacional *Mujeres contra la Guerra y el Fascismo*, que a su vez tiene su origen como organización femenina de un *Comité Mundial contra la Guerra y el Fascismo* creado bajo los auspicios de la Comintern.⁷ Tradicionalmente, la historiografía de este movimiento femenino, como el resto de la historiografía del antifascismo, se ha concentrado en su punto álgido, la guerra civil: en efecto, la movilización de mujeres antifascistas fue especialmente notable y visible a partir del momento en que la reacción al golpe de Estado de 1936 galvanizó la respuesta de todas las organizaciones y sectores del antifascismo. En ese momento, la que entonces se denominaba *Agrupación de Mujeres Antifascistas* (AMA) se convirtió en una organización de masas, canalizando de forma mayoritaria el esfuerzo bélico y antifascista de las mujeres republicanas españolas.⁸ Sin embargo, la gran capacidad de movilización mostrada por la AMA en 1936 no se improvisó, sino que fue fruto de un trabajo iniciado desde 1934 para adaptar el antifascismo a las masas femeninas. De la misma forma, si bien el período de la guerra es un crisol importantísimo para la consolidación de una cultura política antifascista femenina, el trabajo de reelaboración discursiva e identitaria del antifascismo, el esfuerzo de creación de una retórica y unas prácticas de movilización orientadas a las mujeres, se prolongaron después de ésta, en especial en el exilio, dando lugar a una importante readaptación del antifascismo a las nuevas coordenadas geopolíticas de la Guerra Fría. Una readaptación en la que, como había sido el caso en el origen de la movilización antifascista en los años treinta, la conexión con un movimiento femenino transnacional fue crucial.

⁶ Esta reflexión parte del análisis de la cultura política antifascista en la organización del exilio Unión de Mujeres Españolas efectuado en Mercedes YUSTA: *Madres coraje contra Franco. La Unión de Mujeres Españolas en Francia, del antifascismo a la guerra fría*, Madrid, Cátedra (col. “Feminismos”), 2009. El trabajo que más ha profundizado en la formación de un antifascismo en femenino durante la guerra civil es el de Mary NASH, Rojas. *Las mujeres republicanas en la guerra civil*. Madrid, Taurus, 1999.

⁷ En varios trabajos se cita 1933 como fecha de creación de la organización de mujeres antifascistas. Y en efecto, la línea política del Frente Antifascista fue adoptada por el Pleno ampliado del Comité Central del PCE en abril de 1933. Sin embargo, aunque Dolores Ibárruri alude en sus memorias a la visita de una delegada del Comité Mundial de Mujeres contra la Guerra y el Fascismo “en la primavera de 1933”, Irene Falcón, normalmente más precisa en cuanto a las fechas, no es capaz de precisar la fecha de esta visita, aunque sí data la de una delegación del Comité Mundial contra la Guerra y el Fascismo en julio de 1933. Por su parte, Claire Besné da la fecha de comienzos de 1934 como momento en que arrancan las iniciativas para constituir a nivel internacional un movimiento de mujeres antifascistas (lo que convierte en improbable la fecha de la primavera de 1933). Por mi parte, no he encontrado ninguna evidencia documental de la existencia de la organización femenina antes de principios de 1934. Dolores IBÁRRURI: *El único camino*. Castalia-Instituto de la Mujer, Madrid, 1992, p. 265 y siguientes; Irene FALCÓN: *Asalto a los cielos. Mi vida con Pasionaria*. Madrid, Temas de Hoy, 1996, pp. 91 y 97-99; Claire BESNÉ: *Le Comité Mondial des Femmes contre la Guerre et le Fascisme (1934-1939). Un mouvement de femmes communiste*. Mémoire de maîtrise d’histoire contemporaine. Sous la direction de Mme Yannick Ripa. Université de Paris 8, 2005.

⁸ Acerca de la AMA durante la República pueden leerse Mary NASH: *Mujer y movimiento obrero en España, 1931-1939*. Barcelona, Editorial Fontamara, 1981, pp. 189 y ss.; Mary NASH: *Rojas...*, pp. 111-127.

A través de estos tres momentos (República, guerra, posguerra-exilio) trataremos pues de analizar la formación de una cultura política antifascista en femenino. Una especial atención merecerá la exploración de las diferentes influencias y herencias que pudieron confluír en la formación de dicha cultura política. En efecto, las mujeres que contribuyeron a construirla se alimentaron tanto de las fórmulas generadas por el movimiento antifascista internacional como de tradiciones heredadas de otros movimientos de mujeres preexistentes. Tanto en sus discursos como en sus prácticas, o en las referencias de las que se sirvieron para construir una identidad colectiva de “mujeres antifascistas”, se puede detectar la herencia de diversas tendencias del feminismo, en particular de un feminismo pacifista y maternalista que tuvo evidentes conexiones con el inicio del movimiento antifascista femenino, aunque posteriormente las mujeres antifascistas rechazasen dicha filiación. Se trata sin embargo de un tema en que todavía queda mucho trabajo por hacer, principalmente en lo que respecta a poner en relación los discursos producidos por la organización femenina y las prácticas concretas de las mujeres que militaban en ella, tema excesivamente vasto que remitimos a nuevas investigaciones. Por tanto, las páginas que siguen pretenden sobre todo constituir una base de trabajo sobre la que poder continuar reflexionando acerca de un movimiento que sin duda ha marcado el aprendizaje político de miles de mujeres españolas a lo largo del agitado siglo XX.

Los orígenes de una organización antifascista femenina en la España de la Segunda República

Para explicar el surgimiento de un movimiento de mujeres antifascistas en la España de la Segunda República se ha aludido tradicionalmente a dinámicas internas a la propia evolución política española. En efecto, el nuevo marco político e institucional proporcionado por la Constitución de 1931 tuvo una influencia innegable en el aprendizaje político de numerosas mujeres, como lo indica la aparición de varias asociaciones femeninas cuyo objetivo era la concienciación política y la formación a la ciudadanía de las mujeres españolas.⁹ Sin embargo, puede considerarse, y así lo señalaba con amargura la que sería diputada socialista en las Cortes, María Lejárraga de Martínez Sierra, que la izquierda fracasó en un primer momento en la movilización electoral de las masas femeninas: desde la izquierda, el triunfo de la coalición radical-cedista en 1933 se atribuyó tanto a la movilización

⁹ Hay que señalar que este asociacionismo femenino había alcanzado ya un grado importante en el período inmediatamente **posterior** a la Primera Guerra mundial, en particular con la creación de grandes organizaciones feministas como la Asociación Nacional de Mujeres Españolas (creada en 1918), la Unión de Mujeres de España (1918) o el Consejo Supremo Feminista (1919). En el primer bienio republicano se crearán dos influyentes organizaciones femeninas con el objeto de formar a las mujeres españolas a su recién adquirida ciudadanía: la Unión Republicana Femenina (creada por Clara Campoamor en 1931) y la Asociación Femenina de Educación Cívica (por iniciativa de María Lejárraga en 1932). Ver Concha FAGOAGA: *La voz y el voto de las mujeres. El sufragismo en España, 1877-1931*. Barcelona, Icaria, 1985, y Géraldine SCANLON: *La polémica feminista en la España contemporánea, 1868-1974*. Madrid, Akal, 1986 (1ª edición, 1976).

de las mujeres conservadoras y católicas (así lo interpretó también la derecha) como al retraimiento de las mujeres de las clases trabajadoras.¹⁰ La derrota electoral de la izquierda conllevó su radicalización política en el segundo bienio y la ruptura de la ilusión de unidad del “pueblo republicano” alcanzada el 14 de abril de 1931, y en esa coyuntura el antifascismo se reveló como una estrategia eficaz para removilizar y reunificar a la izquierda desde un proyecto político común.¹¹ Desde esa perspectiva, la creación de una organización femenina antifascista a principios de 1934 puede relacionarse con la concretización, en el imaginario político de buena parte de la izquierda, de una “amenaza fascista” a partir de las elecciones de noviembre de 1933 y el consiguiente acercamiento a la esfera del poder de Gil Robles, considerado por una buena parte de la izquierda como “fascistizante”, y respondió probablemente al deseo de politizar y movilizar a las masas femeninas.

Sin embargo, para comprender el origen de este movimiento femenino es imprescindible resituarlo en un contexto transnacional. La coincidencia de la victoria de la derecha en España con el ascenso al poder de Hitler en Alemania y de Dollfuss en Austria, con las conocidas consecuencias para el movimiento obrero de ambos países, conectó el estado de ánimo de las organizaciones obreras españolas con el de una buena parte del movimiento obrero europeo, contribuyendo a expandir en éstas la sensibilidad y el discurso antifascistas. Al mismo tiempo, a pesar de que la Comintern no adoptó oficialmente la estrategia antifascista hasta su VII Congreso en 1935, desde 1932 algunos de sus miembros, en especial los alemanes, eran conscientes de la amenaza que representaba el fascismo y de la necesidad de una movilización internacional para hacerle frente. A partir de ahí arranca la puesta en pie de un movimiento antifascista internacional en el seno del cual el papel de las mujeres iba a ser de una relevancia particular, tanto como para encuadrarlas en una organización específica.

El proceso que llevó a la creación de un Comité Mundial contra la Guerra y el Fascismo, surgido de los congresos de Amsterdam (1932) y de la sala Pleyel de París (1933) e impulsado en gran medida por la Internacional Comunista como reacción a la toma del poder por parte de Hitler en Alemania, es relativamente bien conocido.¹² Algo menos lo es la

¹⁰ María MARTÍNEZ SIERRA (María Lejárraga): *Una mujer por caminos de España. Recuerdos de propagandista*. Buenos Aires, Losada, 1952, p. 67. Ver también Mercedes YUSTA: «La República: significado para las mujeres», en Isabel MORANT (dir.): *Historia de las mujeres en España y América*. Vol. IV: *Del siglo XX a los umbrales del XXI*. Madrid, Cátedra, 2006, pp. 101-122.

¹¹ Ver Santos JULIÁ: *Madrid, 1931-1934. De la fiesta popular a la lucha de clases*. Madrid, Siglo XXI, 1984, y Rafael CRUZ: *En el nombre del pueblo. República, rebelión y guerra en la España de 1936*. Madrid, Siglo XXI, 2006.

¹² Estos Congresos se celebraron gracias al impulso de los intelectuales antifascistas franceses Henri Barbusse y Romain Rolland, pero sobre todo hay que ver en ellos la influencia en la sombra del agente de la Comintern Willi Münzenberg, de quien partió en origen la iniciativa. Ver entre otros Jocelyne CARRÉ-PREZEAU: *Amsterdam-Pleyel, 1932-1939: histoire d'un mouvement de masse*. Paris 8, Thèse de doctorat sous la dir. de Claude Willard, 1993; Yves SANTAMARIA: «Un prototype toutes missions: le Comité de lutte contre la guerre, dit “Amsterdam-Pleyel”, 1932-1936», *Communisme*, 18-19 (1988), pp. 71-97. Una biografía de Willi Münzenberg en la que se describe su papel como organizador del movimiento antifascista en Alain DUGRAND y Frédéric LAURENT: *Willi Münzenberg, artiste en révolution (1889-1940)*. Paris, Fayard, 2008.

constitución de una rama femenina de este movimiento, debida en gran medida al empeño de una mujer, Gabrielle Duchêne, presidenta de la Sección Francesa de una organización feminista y pacifista, la *Liga Internacional de Mujeres por la Paz y la Libertad*, creada en 1915.¹³ Gabrielle Duchêne es un personaje clave para comprender la articulación de un antifascismo femenino en los años treinta, y su propia evolución preconiza la amalgama de discursos y tradiciones presentes en la organización antifascista femenina española. Feminista y pacifista, Gabrielle Duchêne experimentó a finales de los años veinte un acercamiento progresivo a la Unión Soviética que hizo de ella una fiel “compañera de ruta” del PCF hasta su muerte en 1954. La iniciativa de constituir una vertiente femenina del movimiento antifascista, el *Comité Mondial de Mujeres contra la Guerra y el Fascismo* (también conocido como *Rassemblement Mondial des Femmes*), que se concretó en un Congreso celebrado en París en agosto de 1934, refleja una evolución desde el feminismo pacifista hasta el antifascismo que no fue únicamente privativa de Gabrielle Duchêne. Este desplazamiento sería consecuencia por una parte, según observa Christine Bard para el caso francés, de un agotamiento de las fórmulas tradicionales del feminismo, de un envejecimiento de las militantes radicales de principios de siglo, que habrían sido incapaces de asegurar la transmisión generacional, y de una esclerosis de las organizaciones históricas feministas. Pero por otra parte, sin duda, también del atractivo de un compromiso político que ofrecía a las mujeres una fórmula para militar en tanto que mujeres en un combate universal, al cual el propio universalismo y humanismo del combate feminista las predisponía en cierta medida.¹⁴ De este modo, muchas feministas pudieron, durante los años treinta, dejar por un momento de lado sus reivindicaciones exclusivamente feministas y militar en el antifascismo como una manera de luchar por una causa que implicaba, también, la lucha por la emancipación femenina, la cual se convirtió de hecho en uno de los valores reivindicados desde el antifascismo, en la medida en la que el fascismo era considerado como la ideología de la opresión femenina.¹⁵

Al mismo tiempo, es evidente que tanto la creación de un movimiento antifascista internacional como la de su rama femenina son subsidiarias de la estrategia de la Comintern frente al ascenso de los fascismos y que ambos están fuertemente influenciados por la ideología y la cultura política comunistas. Influencia que ha llevado a algunas/os autoras/es a considerar este movimiento femenino como absolutamente subordinado a los intereses

¹³ Sobre la Liga Internacional de Mujeres por la Paz y la Libertad, ver Michel DREYFUS: «La Ligue Internationale des Femmes pour la Paix et la Liberté», *Les Cahiers du Féminisme*, 18 (1981), pp. 47-51, o Michel DREYFUS: «Des femmes pacifistes pendant les années trente», *Matériaux pour l'histoire de notre temps*, 30 (1993). Sobre Gabrielle Duchêne, Lorraine COONS: «Gabrielle Duchêne: Feminist, Pacifist, Reluctant Bourgeoise», *Peace & Change*, vol. 24, issue 2 (2002), pp. 121-147; Emmanuelle CARLE: «Women, Anti-fascism and Peace in Inter-war France: Gabrielle Duchêne's Itinerary», *French History*, vol. 18, issue 3 (2004), pp. 291-314.

¹⁴ Christine BARD: «La crise du féminisme en France dans les années trente», *Les cahiers du CEDREF* [en línea], 4-5 (1995), consultado el 27 de febrero de 2010. URL : <http://cedref.revues.org/291>.

¹⁵ Sian REYNOLDS: «The Lost Generation of French Feminists? Anti-fascist Women in the 1930's», *Women's Studies International Forum*, Volume 23, Issue 6 (2000), pp. 679-688.

comunistas y a calificar al *Comité Mundial de Mujeres contra la Guerra y el Fascismo* de “alter partido en femenino del PCF”.¹⁶ Sin embargo, sería simplificador reducirlo a esta única dimensión y eliminar así otras influencias, como la del pacifismo o la del feminismo. De hecho, la apelación a las masas femeninas en el marco del antifascismo puede ser considerada como una estrategia relativamente novedosa por parte del comunismo que contribuyó a abrir el espectro político y social del antifascismo. En efecto, el comunismo había eludido tradicionalmente la cuestión del encuadramiento de las mujeres en organizaciones específicamente femeninas, aunque por supuesto consideraba que la movilización de las trabajadoras era fundamental para alcanzar el triunfo del socialismo. Pero al margen de los esfuerzos aislados de una Clara Zetkin (que, sin embargo, no consideraba la emancipación femenina como una prioridad al margen de la emancipación del proletariado) o una Alexandra Kollontaï, que incluso llegó a plantear la posición subordinada de las mujeres en términos de dominación sexual, fueron muy escasos los dirigentes comunistas que llevaron a cabo una reflexión acerca del papel específico de las mujeres en el movimiento comunista. La historia del *Secretariado Internacional Femenino* de la Comintern, después denominado *Sección Femenina del Comité Ejecutivo* y disuelto en 1935, es ejemplar de las dificultades que supuso plantear en el seno del movimiento comunista una “cuestión femenina”.¹⁷

Sin embargo, esto iba a cambiar con la adopción por parte de la Comintern de la estrategia del “frente único antifascista”, que coincide justamente con la disolución de su Sección Femenina, señal tal vez de que el “trabajo femenino” se contemplaba en adelante en el marco de la constitución de alianzas antifascistas.¹⁸ En todo caso, la nueva estrategia abrió la posibilidad de alianzas con las organizaciones femeninas, en particular las pacifistas, consideradas útiles en el marco de una movilización que aliaba antifascismo y pacifismo (aunque fuese de forma paradójica, puesto que también se defendía la lucha activa contra el fascismo como medio de defender la paz) y cuyo lema era “contra la guerra y el fascismo”.¹⁹ Y en la práctica, esto significaba también el establecimiento de alianzas entre mujeres

¹⁶ Así lo califica Claire BESNÉ: *Le Comité Mondial des Femmes...*, p. 6.

¹⁷ Jean-Jacques MARIE: «De Lénine à Staline, la Section Féminine du Komintern», en Christine FAURÉ (dir.): *Nouvelle encyclopédie politique et historique des femmes*. Paris, Les Belles Lettres, 2010, pp. 591-612; Brigitte STUDER: «La femme nouvelle», en Michel DREYFUS y otros. (dir): *Le siècle des communismes*. Paris, Éditions de l'Atelier/Éditions Ouvrières, 2000, pp. 565-581. Ver también Clara ZETKIN: *La cuestión femenina y la lucha contra el reformismo*, Ed. Anagrama, Barcelona, 1976; Alexandra KOLLONTAI: *Marxismo y revolución sexual*. Madrid, ed. Miguel Castellote, 1976, y de la misma autora *La mujer nueva y la moral sexual*. México, ed. Juan Pablos, 1972.

¹⁸ En este sentido mi interpretación difiere de la de Jean-Jacques Marie, que ve en dicha disolución el fin de toda estrategia de encuadramiento de las mujeres por parte de la Comintern. Jean-Jacques MARIE: «De Lénine à Staline...».

¹⁹ De hecho, las diferentes interpretaciones entre un pacifismo “naïf” y un pacifismo “activo” asociado al antifascismo, que no rechaza luchar contra él con las armas si es necesario como forma de defender la paz, condujeron a importantes disensiones en el seno del movimiento feminista y en particular en la Liga Internacional de Mujeres por la Paz y la Libertad, cuya sección francesa llegó a escindirse en dos. Ver Michel DREYFUS: «Des femmes pacifistes...».

proletarias y feministas “burguesas” en el marco de la lucha pacifista y antifascista.²⁰ La movilización femenina antifascista surge así en parte como resultado de una estrategia de la Comintern para atraerse a las masas femeninas, pero también de la confluencia entre comunismo, pacifismo y feminismo. Confluencia que, al mismo tiempo, tuvo como resultado el introducir en el antifascismo discursos y prácticas militantes que provenían del feminismo pacifista.

En España, los intentos del PCE de encuadrar a las mujeres a través de una Comisión femenina, en la que trabajaban desde 1932 Dolores Ibárruri, Irene Falcón, Encarnación Fuyola, Elisa Uriz y Carmen Loyola, recibieron un poderoso empuje con la propuesta de integrarse en el movimiento femenino antifascista internacional.²¹ Por otra parte, este encuadramiento femenino también coincide con la reorganización del PCE impulsada por la Comintern, con la expulsión de Bullejos y su sustitución por José Díaz a la cabeza del partido, que significó también la promoción política de Dolores Ibárruri.²² Finalmente, la coyuntura política, como ya hemos dicho, animaba a la utilización del antifascismo como estrategia unificadora de la izquierda, estrategia que el PCE emprendió desde abril de 1933 con la creación de un *Frente Antifascista* en el que participaban destacados intelectuales de izquierdas y que formaba parte del Comité Mundial antifascista surgido del movimiento Amsterdam-Pleyel. En la primavera de 1934, una delegada del *Comité Mundial de Mujeres contra la Guerra y el Fascismo* visitó España y encargó a las mujeres del PCE la constitución de su sección española en vistas a la celebración del Congreso Mundial de mujeres antifascistas en París ese mismo verano. Para ello, Dolores Ibárruri se puso en contacto con mujeres republicanas y socialistas, en particular gracias a María Lejárraga, y en julio de 1934 se celebraba en Madrid el *Primer Congreso Nacional de Mujeres contra la Guerra y el Fascismo*. De este Congreso surgió un Comité director que reunía a mujeres de diversas tendencias políticas, como la propia María Lejárraga, la socialista Matilde de la Torre o la republicana y feminista Isabel Oyarzábal de Palencia, presidenta del *Consejo Supremo Feminista* y cuya presencia en la dirección de la organización ratificaba la alianza (temporal y precaria) de ésta con el feminismo.²³ Del mismo modo, la presidencia honoraria, ocupada por Catalina Salmerón, sellaba la herencia republicana de la organización. Pero la presidencia

²⁰ Una reflexión sobre estas alianzas para el caso británico en Sue BRULEY: «Women against War and Fascism: Communism, Feminism and the People's Front», en Jim FYRTH (ed.): *Britain, Fascism and the Popular Front*. Londres, Lawrence and Wishart, 1985, pp. 131-156.

²¹ Irene FALCÓN: *Asalto a los cielos...*, pp. 96-98. Ver también Dolores IBÁRRURI: *El único camino...*, p. 265 y siguientes; Mary NASH: *Mujer y movimiento obrero en España...*, p. 189.

²² Sobre la influencia de la Comintern sobre el PCE, ver Antonio ELORZA y Marta BIZCARRONDO: *Queridos camaradas. La Internacional Comunista en España, 1919-1939*. Barcelona, Planeta, 1999.

²³ Dolores Ibárruri cita en sus memorias a otras mujeres que formarán parte del Consejo Nacional de la organización durante la guerra, y que pertenecen a un amplio espectro de la izquierda republicana, tales como Irene Falcón, Aurora Arnáiz, Matilde Cantos, Consuelo Álvarez, Luisa Álvarez del Vayo, Constanza de la Mora, Victoria Kent, Roberta Ramón, Eloísa Malasechevarría, Emilia Elías, Matilde Huici, Trinidad Arroyo, Gloria Morell e incluso la histórica republicana y feminista Belén Sárraga. Varias de estas mujeres reaparecerán en la organización antifascista creada en el exilio. Dolores IBÁRRURI: *El único camino...*, p. 275. Ver también Antonina RODRIGO: *María Lejárraga, una mujer en la sombra*. Madrid, Algaba Ediciones, 2005, pp. 259-260.

efectiva, que recayó en Dolores Ibárruri, también indicaba que las mujeres comunistas se reservaban el control efectivo de la organización de mujeres. Así, si la organización se presentaba como un amplio frente femenino antifascista con vocación de ser una organización de masas y de reunir a mujeres de un amplio espectro político (incluyendo a las católicas), la influencia comunista en su dirección y orientación es innegable desde el momento mismo de su creación.

Al mismo tiempo, la forma en la que se constituyó una organización femenina antifascista también ilustra el proceso de acercamiento entre mujeres procedentes de diferentes culturas políticas y clases sociales en el marco de una misma sensibilidad “de izquierdas” que se materializó a partir de 1933 en el antifascismo. Una mujer como Irene Falcón, conocida sobre todo como abnegada compañera y auxiliar de Dolores Ibárruri a lo largo de toda su vida, puede representar el viraje de una mujer de la burguesía progresista, perteneciente a una élite intelectual y cultural y no ajena a la sensibilidad feminista, hacia un compromiso político más radical que se materializó en su militancia en el PCE.²⁴ Lo mismo podemos decir de otras mujeres que van a protagonizar la constitución de un movimiento antifascista femenino: entre ellas se cuentan maestras normales como Elisa Uriz o Emilia Elías, que disfrutaron en los años veinte de becas de la Junta de Ampliación de Estudios pero de cuyas trayectorias anteriores a su militancia comunista ignoramos casi todo, y que pudieron en su juventud estar en contacto con los círculos feministas que se movían en torno a la ILE y aportar esta sensibilidad posteriormente tanto al PCE como a la organización de mujeres antifascistas.²⁵

Por otra parte, la presencia de una sensibilidad pacifista y antimilitarista en ciertos sectores de la izquierda preparó sin duda la recepción del discurso antifascista. Esta sensibilidad era particularmente notable en las organizaciones femeninas y feministas creadas desde finales del siglo XIX, en particular en aquéllas que podríamos adscribir al feminismo laicista y que estaban ligadas a organizaciones feministas y pacifistas internacionales. Como señala Dolores Ramos, feministas españolas como las hermanas Carvia, Belén Sarraga o Julia Álvarez participaron a finales del siglo XIX y principios del siglo XX en iniciativas pacifistas internacionales junto a feministas y pacifistas como Bertha Von Suttner, Margarethe Leonore Selenka o Josephine Butler. Esta tradición pacifista en el seno del feminismo español puede sin duda ser rastreada hasta los años 30: de hecho, a principios de la década se funda finalmente la sección española de la *Liga Internacional de Mujeres por la Paz y la Libertad*

²⁴ Los contactos de Irene Falcón con las élites intelectuales y culturales de finales de los años 20 y principios de los años 30 se pueden seguir a través de sus memorias. En ellas señala por ejemplo cómo debe su educación feminista a la influencia que ejerció sobre ella Margarita Nelken. Irene FALCÓN: *Asalto a los cielos...*

²⁵ Para la notable influencia del feminismo entre el colectivo de las maestras durante el primer tercio del siglo XX puede verse Rosa CAPEL: *El trabajo y la educación de la mujer en España (1900-1930)*. Madrid, Ministerio de Cultura, 1982. Los expedientes de Elisa Uriz y Emilia Elías se pueden consultar en el archivo virtual de la Junta de Ampliación de Estudios: http://archivojae.edaddeplata.org/jae_app/JaeMain.html. Elisa Uriz tuvo una larga trayectoria de militancia en organizaciones femeninas ligadas al PCE, mientras que Emilia Elías, que también fue una importante dirigente comunista, es sobre todo conocida por sus trabajos en pedagogía, publicados principalmente en el exilio mexicano.

(1930), en la que militarán feministas como Benita Asas, Clara Campoamor o Isabel Oyarzábal, a la que por cierto encontraremos después en el *Comité Nacional de Mujeres Antifascistas*. Como en el caso francés, podemos avanzar así la hipótesis de una filiación entre el pacifismo feminista y el antifascismo, pero sobre todo de la existencia de un terreno favorable a la recepción del antifascismo en ciertos círculos femeninos y feministas.²⁶

Una muestra de estas filiaciones la encontramos tal vez en la revista femenina *Nosotras*, creada en 1931 y dirigida por Carlota O'Neill, una mujer clave en la vida cultural del Madrid de los años 30 (y unida a Irene Falcón por una fuerte amistad).²⁷ Quizá no sea ocioso señalar su herencia familiar librepensadora, pacifista y feminista como hija de Regina de Lamo, militante sindicalista, feminista, higienista y anarquista, quien era sobrina a su vez de Rosario de Acuña, una de las figuras punteras del feminismo librepensador de finales del siglo XIX.²⁸ Marcadamente de izquierdas, en su primer número *Nosotras* se proclama “portavoz del trabajo femenino” y apela a las “mujeres todas que trabajáis en la vida”, señalando a la vez que “no es un periódico de partido, aunque nuestra bandera enarbola las palabras de Rosa Luxemburgo: ‘Siempre a la izquierda’”.²⁹ Pero también se declara defensora del feminismo y lleva a cabo en sus páginas una intensa campaña antibelicista, recogiendo la herencia de las feministas pacifistas de principios del siglo XX como Bertha von Suttner: su obra más conocida, la novela antimilitarista *Abajo la guerra*, fue publicada en la revista en forma de folletín. Por otra parte, entre la nómina de colaboradoras aparecen las dirigentes comunistas Dolores Ibárruri y Encarnación Fuyola, firmando artículos centrados en la vida de las mujeres de la clase trabajadora, pero también Hildegart y la propia Regina Lamo. *Nosotras* aparece así como un catalizador “en femenino” entre diversas tendencias de la izquierda y prefigura el intento de la organización de mujeres antifascistas de crear un foro que unificaría los esfuerzos de la militancia progresista femenina en un objetivo común.

En fin, esta revista, como otros foros sociales y culturales (como el Teatro Proletario y el grupo teatral “Nosotros”, dirigidos por César e Irene Falcón y en el que también participaron desde la propia Carlota O'Neill hasta Magda Donato, hermana de Margarita Nelken, o como el propio Lyceum Club), es una muestra más de las tupidas redes de

²⁶ M^a Dolores RAMOS, «Republicanas en pie de paz. La sustitución de las armas por la justicia, el arbitraje y el derecho (1868-1899)», *Pasado y memoria. Revista de Historia Contemporánea*, 7 (2008), pp. 35-57; Danièle BUSSY GENEVOIS: «Les Espagnoles ou le pacifisme de l'entre-trois-guerres», in Rita Thalmann (dir.), *La tentation nationaliste, 1814-1945*. Paris, Tierce-CNRS, p. 115-135; Mónica MORENO SECO: «Republicanas y república en la guerra civil: encuentros y desencuentros», *Ayer*, 60 (2005), pp. 165-195.

²⁷ Un análisis de esta publicación, como del resto de revistas femeninas de la Segunda República, puede hallarse en la monumental tesis de Estado, desgraciadamente sin publicar, de Danièle BUSSY GENEVOIS: *Presse féminine et républicanisme en Espagne (1931-1936)*. Université de Bordeaux III, Thèse de Doctorat d'État. Sous la direction de M. le Professeur Joseph Pérez, 1988. La amistad entre Irene Falcón y Carlota O'Neill en Irene FALCÓN, *Asalto a los cielos...*, p. 107.

²⁸ Carmen SIMON PALMER: *Escritoras españolas del siglo XIX: manual bio-bibliográfico*. Madrid, Castalia, 1991, p. 4. Sobre Rosario de Acuña y el feminismo librepensador pueden verse los trabajos de M^a Dolores Ramos, entre otros su contribución a este mismo volumen. También M^a Dolores RAMOS: «La cultura societaria del feminismo librepensador en España (1895-1918)», en Danièle BUSSY GENEVOIS (ed.): *Une sociabilité démocratique (XIXe-XXe siècles)*. Saint Denis, PUV, 2002, pp. 103-126.

²⁹ «A vosotras», *Nosotras*, n^o 1, noviembre de 1931, p. 1.

relaciones existentes entre mujeres de procedencias sociales y políticas diversas en los primeros años de la República.³⁰ Es sugerente ver en esas redes de relaciones vehículos para la articulación del movimiento antifascista femenino y para la difusión en el seno de este movimiento de la herencia del feminismo de principios del siglo XX; sin embargo, la falta de datos concretos sobre estas cuestiones nos obliga a mantenernos en el terreno de las hipótesis. En todo caso, ciertas pistas como los lazos de amistad que unían a mujeres como Irene Falcón (que tanta importancia tendrá en la articulación del antifascismo femenino), Carlota O'Neill o Margarita Nelken, así como la presencia constante en la organización antifascista de una feminista tan prestigiosa como Isabel Oyarzábal de Palencia, que se mantuvo ligada a la organización durante los tres períodos de su historia (República, guerra y exilio), nos parecen significativas acerca de las conexiones entre estos movimientos.

Construyendo el antifascismo en femenino: de 1934 al Frente Popular

La creación de la organización de mujeres antifascistas formaba parte de la estrategia adoptada por el Partido Comunista para generar una movilización antifascista en determinados sectores de la población, que a su vez reproducía la táctica adoptada a nivel internacional por el *Comité Mundial contra la Guerra y el Fascismo*. Así desde la primavera de 1933 se había formado un Frente Antifascista que reunía a varios intelectuales comunistas o “compañeros de ruta” (entre los cuales se encontraban César e Irene Falcón, Wenceslao Roces, Ramón J. Sender o Francisco Galán) que comenzó a editar la revista *Frente Antifascista*. Y en esta publicación aparecen las primeras referencias a la constitución de un Comité femenino para organizar la participación en el Congreso de París que daría origen a la organización mundial de *Mujeres contra la Guerra y el Fascismo*, previsto inicialmente para mayo de 1934 (y que acabaría celebrándose en agosto de ese año). La composición del comité da una idea de la voluntad de crear una organización con una amplia representatividad en la izquierda y que pudiese atraer a mujeres de los medios intelectuales, reproduciendo la alianza típica de la estructuración del antifascismo entre vanguardia intelectual y proletaria. Sus miembros eran, en efecto, María Martínez Sierra, Carlota O'Neill, Rosa Chacel, Ebelyn (sic) Kahn, Victoria Kent, la Dra. Luisi, Julia las Heras, Irene Falcón, Magda Donato, Josefa Hernández “y numerosas delegadas de sindicatos obreros de toda España”.³¹ Algunas

³⁰ Estas redes son descritas entre otras por Shirley MANGINI: *Las modernas de Madrid: las grandes intelectuales españolas de la vanguardia*. Barcelona, Península, 2001, o Ana AGUADO: «Entre lo público y lo privado: sufragio y divorcio en la Segunda República», *Ayer*, 60 (2005), pp. 105-134. Sobre las actividades teatrales de Irene Falcón puede verse Christopher COBB: «El grupo teatral “Nosotros” (entrevista con Irene Falcón)», en VV.AA.: *Literatura popular y proletaria*. Sevilla, Universidad de Sevilla, 1986. Sobre la importancia de las actividades teatrales (y de la literatura en general) para la difusión de las culturas políticas de izquierdas en la España de los años 20 y 30 puede verse Víctor FUENTE: *La marcha al pueblo en las letras españolas (1917-1936)*, Ediciones de la Torre, Madrid, 2006 (1ª ed. 1980). Sobre el Lyceum Club ver Concha FAGOGA: «El Lyceum Club, élite latente», en Danièle BUSSY GENEVOIS (ed.): *Les Espagnoles dans l'histoire...*, pp. 145-168.

³¹ «Ante el próximo Congreso femenino contra la guerra y el fascismo», *Frente Antifascista*, 16 de febrero de 1934.

mujeres, como Rosa Chacel, no vuelven a aparecer en los anales de la organización de mujeres; otras sin embargo, como Victoria Kent, acompañarán la andadura de ésta hasta el exilio y la reconstitución de la organización femenina antifascista en 1945.

En un primer momento es difícil separar la actividad de la embrionaria organización de mujeres antifascistas de la de la Comisión Femenina del PCE, que probablemente a finales de 1933 comienza a publicar su revista *¡Compañera! Órgano de las mujeres trabajadoras de la ciudad del campo*.³² Esta revista está fuertemente imbuida del discurso y la cultura política comunistas; la identidad femenina que se construye a través de sus páginas es profundamente proletaria y antiburguesa, alejada del izquierdismo interclasista y pacifista de *Nosotras*. La llamada a la movilización revolucionaria es constante, en eco a la realizada desde la prensa masculina comunista, y las referencias a la Unión Soviética (en particular a los avances que supuestamente allí se habían realizado en cuanto a la condición femenina) omnipresentes.³³ En consonancia con el ambiente prerrevolucionario que reinaba en los círculos ligados al PCE y a los partidos obreros en general, el antifascismo femenino aparece en sus páginas como una etapa en la lucha revolucionaria “para conquistar el Poder e implantar un Gobierno Obrero y Campesino”.³⁴ En un primer momento, pues, parece haber una identificación entre mujer antifascista y mujer proletaria, pero progresivamente se detecta un acercamiento a las mujeres “burguesas” a través de la apelación a unos intereses comunes a todas las mujeres cuya defensa se expresaría a través del antifascismo, y que concuerda con la consigna que presidió la organización del Congreso Mundial de Mujeres de formar una organización femenina interclasista.

Este acercamiento entre diversas tendencias políticas de la izquierda comienza a ser visible a partir de la celebración del Congreso de París que vio nacer a la organización *Mujeres contra la Guerra y el Fascismo* y al que asistió una delegación de 12 mujeres españolas, entre las que estaban Dolors Bargalló (Esquerra Republicana de Catalunya), Encarnación Fuyola (PCE), Victoria Kent (Izquierda Republicana) o Veneranda Manzano (PSOE) y encabezada por Dolores Ibárruri (que fue designada a la presidencia del Congreso). En el Congreso estuvieron representadas organizaciones de tendencias diversas (comunistas, socialistas, “socialcristianas”, republicanas, pacifistas, feministas) y de hecho los discursos y consignas del Congreso femenino reflejan la confluencia entre un discurso que podríamos calificar de feminista y la estrategia del “frente único antifascista” defendida en esos momentos por la Comintern. Así, el slogan “¡Por la emancipación total de las mujeres!” cohabita con los vivos al frente único antifascista, el canto de la Internacional, la llamada a la

³² Danièle BUSSY GENEVOIS: *Presse féminine...*, p. 857 y ss.

³³ Irene FALCÓN: «Las mujeres proletarias, contra la guerra y el fascismo», *¡Compañera! Órgano de las mujeres trabajadoras de la ciudad del campo*, nº 6, marzo de 1934, p. 3.

³⁴ «La participación de la mujer en el movimiento huelguístico y revolucionario», *¡Compañera! Órgano de las mujeres trabajadoras de la ciudad del campo*, nº 6, marzo de 1934, p. 2.

defensa de la “política de paz de la U.R.S.S., país de la mujer liberada” y la condena de “la nueva carnicería imperialista”.³⁵

Diversos autores han interpretado esta movilización femenina antifascista como una instrumentalización de las mujeres por parte de la Comintern, del mismo modo que el antifascismo en general ha sido calificado desde ciertos sectores historiográficos como un instrumento de la Comintern para atacar la democracia liberal.³⁶ Y es cierto que la interpretación del fascismo que hacen las líderes del Congreso, y en primer lugar la propia Dolores Ibárruri, equipara “todas las formas de opresión capitalista”, desde la dominación colonial a las dictaduras fascistas. Evidentemente, la interpretación de la amenaza fascista y de la lucha antifascista que hace una dirigente comunista como Dolores Ibárruri va en la dirección marcada por la Comintern: el fascismo como forma última de la explotación capitalista, y el antifascismo como lucha contra la opresión capitalista en cualquiera de sus formas. Por tanto, explica *Pasionaria* en una crónica del Congreso mundial de mujeres realizada para *Mundo Obrero*, frente al reformismo de las socialistas, al “tolstoyanismo infantil” y el “gandhismo ineficaz” de las pacifistas o la “necesidad de volver al primitivismo cristiano” que preconizaban las socialistas cristianas,

“La solución contra el fascismo y la guerra, contra la explotación colonial y en las metrópolis, la daban las comunistas. Y no eran las reformas, ni la defensa de la democracia burguesa, ni el retorno al cristianismo primitivo, ni el pacifismo a todo trance, ni la resistencia al mal; sino la lucha intensa, dura, activa, contra todas las formas de dominación capitalista, ya que es el capitalismo el promotor de las guerras, ya que es la burguesía la que necesita explotar y esclavizar a los trabajadores, hombres y mujeres, para seguir viviendo, para subsistir, nutriéndose con la vida y el trabajo de las grandes masas trabajadoras de la ciudad y el campo”.³⁷

Sin embargo, el antifascismo femenino no se agota en la posición de Dolores Ibárruri expresada en el órgano del Partido. De otro modo, no podríamos explicar la participación en él de mujeres de procedencias políticas diversas, así como su capacidad de aglutinar, a partir de la campaña electoral de 1936, a una parte muy importante de las figuras femeninas señeras de la izquierda. Como señala Bruno Groppo, el antifascismo forma parte de la cultura política comunista pero no se agota en ésta, sino que atraviesa diversas ideologías y capas sociales. En todo caso, la designación del fascismo como “enemigo común” y el consiguiente acercamiento a la antes denostada socialdemocracia hicieron al discurso comunista “más creíble y por tanto más eficaz: recurriendo a la lucha contra el verdadero enemigo, el fascismo internacional, que concuerda con los sentimientos, las dudas y la voluntad de resistencia de sectores cada vez mayores”.³⁸ Estas reflexiones generales son aplicables al caso de las mujeres españolas: el llamamiento antifascista tuvo eco más allá de la (extremadamente escasa) militancia femenina del PCE o de sus simpatizantes, a través de la llamada a la lucha contra el fascismo en sus concretas manifestaciones españolas (en particular a través de su

³⁵ «Fraternalmente unidas están millares de mujeres», *Mundo Obrero*, 21 de agosto de 1934.

³⁶ Ver por ejemplo François FURET: *Le passé d'une illusion...*

³⁷ Dolores IBÁRRURI: «Una lección viva», *Mundo Obrero*, 21 de agosto de 1934.

³⁸ Bruno GROPPPO: «El antifascismo...», p. 106.

identificación con la CEDA de Gil Robles), pero también, y sobre todo, a través de un discurso pacifista que apelaba a la lucha contra la “guerra imperialista” y las movilizaciones de reservistas, como amenazas que se cernían sobre la paz y seguridad de los hogares. Así, en *Mundo Obrero* se apelaba no sólo a la conciencia de las mujeres trabajadoras sino también al “instinto seguro de las madres” para movilizar a todas las mujeres, sin distinción de clases, en las manifestaciones contra las movilizaciones de reservistas para su envío a Marruecos, que fueron las primeras acciones en el espacio público de las mujeres antifascistas.³⁹ Manifestaciones que, si creemos la crónica publicada por *Mundo Obrero* acerca de la manifestación antimilitarista de Madrid de agosto de 1934, reunieron a mujeres proletarias y burguesas, unidas en un combate que presentaba rasgos a la vez políticos y de género.⁴⁰ Por tanto, desde un primer momento la movilización de las mujeres desde el antifascismo se realizó apelando a un argumento con una larga tradición y ampliamente utilizado por las organizaciones femeninas y feministas ya desde el siglo XIX: la especial autoridad y legitimidad de las mujeres, por sus cualidades maternas, en la lucha por la paz, convertida, a través de la argumentación ideológica que presentaba la “guerra imperialista” como un producto ineluctable del capitalismo, en lucha contra el Estado capitalista y su más temible avatar, el fascismo.⁴¹

Sin embargo, con toda probabilidad fue la Revolución de Octubre y la represión desencadenada por el gobierno Lerroux la piedra de toque de esa incipiente movilización femenina antifascista. Por desgracia, carecemos de evidencias documentales acerca de la específica participación de la organización de mujeres antifascistas como tal en los acontecimientos de octubre, más allá de la implicación individual de mujeres que sabemos que pertenecían o eran cercanas a la organización, como la propia Dolores Ibárruri, Margarita Nelken, Veneranda Manzano (entonces diputada por Asturias, y que fue detenida por su supuesta participación en la revolución), Matilde de la Torre (también diputada socialista por la circunscripción de Oviedo) o María Lejárraga.⁴² En todo caso, se puede deducir la implicación de la organización femenina del hecho de que fuese ilegalizada por las autoridades a raíz de los sucesos de octubre; la organización reapareció entonces con el nombre de *Pro Infancia Obrera* y se dedicó a auxiliar a las familias obreras, en especial a los niños a los que la represión había dejado desamparados.⁴³ La organización femenina apeló en aquella ocasión a una de las vocaciones que la acompañarían durante toda su trayectoria: la proyección en el espacio público de valores de cuidado y protección a los niños y a las

³⁹ «Después del Congreso: un trabajo práctico», *Mundo Obrero*, 21 de agosto de 1934.

⁴⁰ «¡Abajo la guerra imperialista! Imponente manifestación de mujeres contra la guerra y el fascismo», *Mundo Obrero*, 25 de agosto de 1934.

⁴¹ Acerca de la tradición maternalista y pacifista en el feminismo, ver por ejemplo Nitza BERKOVITCH: *From Motherhood to Citizenship. Women's Rights and International Organizations*. The John Hopkins University Press, Baltimore & London, 1999.

⁴² Manuela AROCA: «Mujeres en las organizaciones socialistas durante la dictadura. Antecedentes en la Segunda República», http://www.ugt.es/fllc/hemeroteca/2008_mujeres_socialistas.pdf.

⁴³ *Historia del Partido Comunista de España*. París, Éditions Sociales, 1960, pp. 83-84.

familias tradicionalmente asociados a las virtudes maternas. Lo significativo es que esa dedicación maternal fue dotada de un contenido político y propuesta a las mujeres como su contribución al combate antifascista, algo que también sucedería durante la guerra civil y el exilio.

La organización antifascista femenina no sólo sobrevivió a la ilegalización para resurgir durante la campaña electoral de 1936 como *Agrupación de Mujeres Antifascistas* (AMA), sino que además el recuerdo de la represión de octubre y de la participación de las mujeres en la revolución funcionó como una amalgama ideológica para las mujeres antifascistas, proporcionándoles sus primeras gestas y heroínas, como Aída Lafuente, y los primeros cimientos sobre los que construir una memoria colectiva (aunque, en puridad, la primera “mártir” del antifascismo femenino es la joven socialista Juanita Rico, asesinada por pistoleros falangistas en junio de 1934).⁴⁴ La evocación del heroísmo de las mujeres asturianas se convirtió en un *leit motiv* de la movilización de las mujeres antifascistas en esta nueva etapa de su andadura; un gran mítin en el Salón Guerrero de Madrid el 3 de febrero de 1936 en homenaje a las mujeres asturianas sería así uno de los primeros actos públicos de la reaparecida AMA.⁴⁵ Y la memoria fundadora de la movilización femenina durante los sucesos de octubre de 1934 será reactivada cuando el golpe de Estado de 1936 fuerce a la organización femenina a apelar a la participación activa de las mujeres en los combates antifascistas.

“Por qué luchamos las mujeres antifascistas”⁴⁶

Desde comienzos de 1936, y en el marco de una campaña electoral particularmente agresiva, vemos pues a la organización femenina antifascista reaparecer en la prensa comunista y poner los cimientos de lo que será a partir de entonces su discurso de movilización dirigido a las mujeres, un discurso que mezcla argumentos políticos y de género y que apela a una comunidad femenina interclasista basada en la evocación de los intereses comunes a todas las mujeres y muy especialmente de aquéllos que se derivan de la maternidad, sobre la cual se fundaría una identidad femenina universal. Así, Dolores Ibárruri llamaba a las mujeres en su calidad de madres, más allá de su pertenencia de clase, a votar al *Bloque Popular Antifascista* (es decir, al Frente Popular):

“A vosotras, hermanas de clase, que sabéis como yo de los días negros sin pan y sin alegría; del dolor de los hijos hambrientos y enfermos por las privaciones y la miseria; (...) y a vosotras también, compañeras de lucha antifascista; mujeres de la pequeña y media burguesía, que soñáis como todas las mujeres para los suyos, y fundamentalmente para vuestros hijos, una vida de tranquilidad y de bienestar, va el llamamiento cordial de una

⁴⁴ «El fascismo por dentro. FE de las JONS: organización del crimen al servicio del capitalismo. Los verdaderos asesinos de Juanita Rico», *Mundo Obrero*, 24 de septiembre de 1934.

⁴⁵ «Las mujeres antifascistas de Madrid dedican un emocionante recuerdo a las heroicas mujeres asturianas», *Mundo Obrero*, 3 de febrero de 1936.

⁴⁶ Título de un folleto editado por la Agrupación de Mujeres Antifascistas de Valencia: Emilia ELÍAS: *Por qué luchamos las mujeres antifascistas*. Valencia, Agrupación de Mujeres Antifascistas, 1937.

mujer, madre también, que anhela como vosotras terminar con la injusticia, y dar a nuestro país una estructura social más humana y equitativa”.

Pero junto a este discurso maternalista, el fascismo (y su encarnación española, representada más por la CEDA que por la minoritaria Falange Española) era presentado a través de una argumentación que podríamos calificar de feminista como la ideología de la opresión femenina, continuadora de la más rancia y oscurantista tradición católica de sometimiento de las mujeres:

“(…) A través de la dolorosa experiencia de Alemania e Italia, las mujeres hemos aprendido a conocer qué podemos esperar si en nuestro país triunfasen la Ceda y demás monárquicos y fascistas, los que representan la tradición inquisitorial de Arbués y Torquemada.

¡La mujer, transformada en la esclava, en la sierva del hombre, útil sólo para procrear carne de cañón, de la que dispondrán a su albedrío los esclavizadores de los pueblos!

¡La mujer, en la iglesia, en la cocina y en la cama!”.⁴⁷

De estos argumentos surge un discurso orientado a la movilización femenina que apela al doble argumento de la emancipación y la maternidad; la propuesta hecha a las mujeres incluye tanto luchar contra su sometimiento como “esclavas hogareñas incubadoras de carne de cañón”⁴⁸ (lo que también remite a uno de los pilares ideológicos tanto del pacifismo como del antifascismo comunista, la lucha contra la “guerra imperialista”) como movilizarlas en defensa de su hogar y de la felicidad de los suyos. Esta doble llamada a las mujeres, por su emancipación y por la defensa de los suyos, se desplegará en toda su amplitud en las páginas de la revista *Mujeres*, el órgano de la *Agrupación de Mujeres Antifascistas* que comienza a aparecer en la primavera de 1936 y que refleja la nueva orientación de la organización de mujeres hacia la unidad antifascista.⁴⁹ En sus páginas, Dolores Ibárruri defiende así “el derecho al trabajo; la igualdad de salarios; la protección a la madre; la investigación de paternidad; el divorcio, sin ninguna traba jurídica ni económica; el derecho al aborto; la creación de casas cuna, escuelas, jardines de la infancia, comedores y roperos escolares; la prohibición de trabajos insalubres y el derecho a ocupar cargos en lícita competencia con el hombre”.⁵⁰ Todo un programa feminista (algunas de cuyas reivindicaciones habían sido ya otorgadas por la legislación republicana) que se combina con una constante exaltación de la maternidad y en especial de las facilidades que ésta encontraba para desarrollarse en toda libertad en la Unión Soviética, donde, según la revista, la maternidad era protegida a la vez

⁴⁷ Dolores IBÁRRURI: «¡MUJERES! ¡MADRES! De España, de Cataluña, de Euzkadi y de Galicia», *Mundo Obrero*, 8 de febrero de 1936.

⁴⁸ Ibidem.

⁴⁹ Sobre esta revista ver Danièle BUSSY GENEVOIS: *Presse féminine...*, pp. 910-922.

⁵⁰ Dolores IBÁRRURI: «Organicemos a la mujer para la lucha», *Mujeres. Portavoz de las mujeres antifascistas*, n° 3, 1 de mayo de 1936, p. 2.

que se garantizaba el derecho al aborto⁵¹, donde “los niños (...) viven felices (...) porque están en el país del socialismo”.⁵²

La AMA aparece, durante el período del Frente Popular, como un “Frente Popular femenino bajo control comunista” en palabras de Mary Nash, la organización que reuniría todas las fuerzas femeninas de la izquierda alrededor de un discurso y unas prácticas de movilización comunes.⁵³ Discurso y prácticas que, evidentemente, estaban fuertemente influidas por la cultura política comunista, pero que también habían recibido la influencia de otros discursos y tradiciones. El discurso antifascista de las mujeres recogía así la argumentación comunista que interpretaba el fascismo en clave de “guerra imperialista”, como un último avatar del capitalismo estrechamente emparentado con la reacción tradicional (la “caverna”), pero también numerosas reivindicaciones feministas acerca de la emancipación y la participación política de las mujeres en pie de igualdad con los hombres. Y al mismo tiempo, utilizaba el recurso discursivo del maternalismo para llegar a un amplio público femenino que desbordase, eventualmente, el vivero comunista “tradicional” formado por las mujeres trabajadoras pertenecientes a las clases populares. Estos discursos muestran cómo en un contexto político fuertemente polarizado, en el que la violencia política comenzaba a tener un peso importante en la vida pública y las organizaciones obreras ponían en pie estructuras paramilitares para responder a las agresiones falangistas, el antifascismo propuso opciones de movilización con un marcado carácter de género. Así, el antifascismo femenino se presentaba como la lucha de las mujeres por la paz de sus hogares, frente la violencia verbal (y a veces física) de la movilización masculina.⁵⁴ Y cuando se produzca la sublevación militar del 18 de julio de 1936, los discursos elaborados desde el antifascismo femenino serán reactivados y reutilizados para movilizar a las masas femeninas en la defensa activa de la República.

Los trabajos de Mary Nash y de otras autoras han explorado de forma exhaustiva la actividad de la AMA durante la guerra civil y su papel en la organización y movilización de las mujeres antifascistas, por lo que no vamos a entrar en un análisis detallado de estas cuestiones.⁵⁵ Más bien nos interesa insistir en que el período de la guerra civil es un nuevo y

⁵¹ Un derecho que sin embargo era cada vez más inaccesible desde la promulgación del nuevo Código de la Familia de 1934, que reforzaba la familia tradicional como célula de la sociedad, hasta que finalmente la ley del 27 de junio de 1936 prohibió el aborto en el primer embarazo. Jean-Jaques MARIE: «De Lénine à Staline...».

⁵² *Mujeres. Portavoz de las mujeres antifascistas*, nº 3, 1 de mayo de 1936, p. 3 (pie de foto).

⁵³ Mary NASH: *Mujer y movimiento obrero en España...*, p. 112.

⁵⁴ Para la violencia política en la Segunda República y la movilización de las organizaciones obreras ver por ejemplo Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA: «Brutalización de la política y canalización de la violencia en la España de entreguerras», en Carlos NAVA JAS ZUBELDIA, Diego ITURRIAGA BARCO (coords.): *Crisis, dictaduras, democracia: I Congreso Internacional de Historia de Nuestro Tiempo*. Logroño, Universidad de La Rioja, 2008.

⁵⁵ Ver en particular Mary NASH: *Mujer y movimiento obrero en España...*, pp. 243-275; *Rojas...*, pp. 111-127, y «Republicanas en la guerra civil: el compromiso antifascista», en Isabel MORANT (dir.): *Historia de las mujeres en España y América*. Vol. IV: *Del siglo XX a los umbrales del XXI*. Madrid, Cátedra, 2006, pp. 123-150; Eva ALCÓN: «Resistencia y compromiso de las mujeres antifascistas», *Asparkia. Investigación feminista*, 17 (2006), pp. 141-164; Carmen GONZÁLEZ MARTÍNEZ: «Mujeres Antifascistas Españolas, trayectoria histórica de una organización femenina de lucha», en *Las mujeres y la Guerra Civil Española*. Madrid, Ministerio de Asuntos Sociales-Instituto de la Mujer-Ministerio de Cultura, 1991, pp. 54-59.

crucial período en la construcción de una cultura política antifascista femenina: en efecto, la nueva coyuntura bélica, en la que la amenaza fascista se concretó de forma dramática, mostraría la eficacia movilizadora del discurso antifascista en dirección de las mujeres elaborado, principalmente, durante el período del Frente Popular, que combinaba la popularización de las consignas antifascistas entre las masas femeninas con una propuesta de movilización específicamente dirigida a las mujeres y que pasaba por la apelación a sus virtudes y también a sus necesidades maternas. De ahí que en la guerra civil emergiera un arquetipo femenino movilizador, descrito por Mary Nash y encarnado a la perfección en la principal dirigente femenina antifascista, Dolores Ibárruri: la “madre combativa”, que también podríamos llamar “madre antifascista”, volcada en la lucha contra el fascismo desde su identidad de mujer y, sobre todo, de madre.⁵⁶ Así, si ya desde sus orígenes el antifascismo femenino identificaba la lucha contra el fascismo con la lucha de las madres por el futuro de sus criaturas, esa identificación alcanzó su expresión más acabada en la guerra civil, en la que se generó un discurso que “naturalizaba” el antifascismo de las mujeres apelando a su condición maternal. Un discurso que una vez más aliaba la reivindicación emancipatoria y la apelación maternalista:

“¿Cómo una mujer que lleva en su vientre el germen de vida podría conformarse con el fascismo, que es muerte, que es hambre y explotación?

Las mujeres luchamos contra eso. (...) Luchamos por la vida, el trabajo y la dicha.

Queremos trabajar, queremos la independencia económica que nos convierta en seres libres. Queremos la plenitud de nuestros derechos, de nuestra vida social, que nos convertiría en mejores madres, en mejores compañeras; que nos hará capaces de ayudar al impulso de la civilización.

(...) Luchamos por las risas, por la salud, por la vida de nuestros hijos. Luchamos por alcanzar la alegría de la maternidad, que el egoísmo de unos privilegiados había convertido en tortura y dolor. (...)”

Luchamos por nuestra dignidad de mujeres (...).⁵⁷

El estallido de la guerra civil en julio de 1936 encontró así en la AMA el organismo idóneo para canalizar la participación femenina en el esfuerzo antifascista, frente al cual sólo se alzaría la competencia parcial de las Mujeres Libres anarquistas, que nunca renunciaron a su independencia y rechazaron integrar una organización en la que el control comunista era evidente. Su órgano de prensa, *Mujeres*, editado originalmente en Madrid, dio lugar a otras ediciones regionales (Bilbao, Valencia) y se transformó en instrumento de propaganda y orientación en dirección de las mujeres. Su Comité Nacional generó una Comisión de Auxilio Femenino que sería el interlocutor para las autoridades republicanas en todo lo que tuviese que ver con la movilización de las mujeres y trabajaría en ligazón directa con los Ministerios de Guerra e Industria (incluso si, según Mary Nash, dicha Comisión resultó finalmente inoperante ante la desconfianza de dichos Ministerios con respecto a la movilización

⁵⁶ Mary NASH: *Rojas...*, pp. 99-104.

⁵⁷ Encarnación FUYOLA: «Por qué luchamos las mujeres», *Mujeres. Portavoz de las mujeres antifascistas*, nº 6, 2 de septiembre de 1936, p. 6.

femenina en actividades militares⁵⁸). La AMA impulsó además la creación de Comités provinciales y locales para encuadrar a las masas femeninas antifascistas de la zona republicana. A partir de 1937, la organización catalana, creada como la española en 1934, recibió un nuevo impulso desde el recién creado PSUC, que desarrolló de forma notable la organización antifascista femenina (que pasaría a denominarse Unió de Dones de Catalunya). Y también a partir de ese año, y coincidiendo con la unificación de las organizaciones juveniles comunista y socialista, se impulsó la creación de una *Unión de Muchachas* en ligazón estrecha con las JSU y que tendría un importante papel en la movilización de las jóvenes antifascistas, en especial las madrileñas.⁵⁹

La reelaboración discursiva del maternalismo llevada a cabo desde el antifascismo femenino se iba a alejar de su tradicional simbiosis con el pacifismo para concentrarse, a partir de ese momento, en canalizar la participación de las mujeres en el combate antifascista. Una participación que se concebía desde su especificidad femenina, que las destinaba a labores de retaguardia que tenían que ver con una “maternidad social” aplicada al esfuerzo bélico: el cuidado de los heridos, el avituallamiento de los frentes, el mantenimiento de las familias, el cuidado de los niños. Pero a estas labores se añadió una nueva, presentada desde las páginas de *Mujeres* como revolucionaria: la responsabilidad de hacer funcionar la economía de guerra, el “frente del trabajo”, reemplazando a los hombres partidos al frente. Así, la AMA se concentró también en hacer aplicar la consigna lanzada inicialmente por el Partido Comunista y adoptada por el Gobierno de Largo Caballero en su intento de reorganizar el esfuerzo de guerra: “Todos los hombres útiles, al frente. Todas las mujeres, al trabajo, para reemplazarlos”.⁶⁰

Ha sido tradicional en la historiografía de la guerra civil poner en paralelo esta consigna, popularizada por Dolores Ibárruri, con un reparto de tareas marcado genéricamente que respondía a las necesidades de la guerra y con el consiguiente apartamiento de las milicianas del frente. Y en efecto, en ningún momento la AMA (pero tampoco otras organizaciones antifascistas femeninas como *Mujeres Libres*) hizo un llamamiento a las mujeres para combatir en el frente con las armas en la mano. El modelo de “combatividad antifascista” propuesto por las organizaciones femeninas, y en particular por la AMA, estaba basado al contrario en el aprovechamiento para la causa antifascista y para las necesidades de

⁵⁸ Mary NASH: *Rojas...*, p. 199. Esta Comisión de Auxilio Femenino estaba compuesta por Dolores Ibárruri, Emilia Elías, Encarnación Fuyola, Yveline Kahn, Anunciación Casas, María Sirval, Isabel de Palencia y Victoria Kent. «Decreto del 29 de agosto creando el Comité de Auxilio Femenino», *Mujeres. Portavoz de las mujeres antifascistas*, nº 6, 2 de septiembre de 1936, p. 8.

⁵⁹ Por el momento carecemos de un estudio monográfico sobre la Unió de Dones de Catalunya, que conocemos sobre todo a partir de los trabajos de Mary Nash. Sobre la Unión de Muchachas, ver María Carmen GARCÍA-NIETO: «Unión de Muchachas: un modelo metodológico», en *La mujer en la historia de España (siglos XVI-XX): Actas de las II Jornadas de Investigación Interdisciplinaria*, Madrid, UAM, 1990, pp. 313-331; Carmen CARDIÑO y Manuela RODRÍGUEZ: «Creación en 1937 de la asociación Unión de Muchachas en Madrid», en *Las mujeres y la guerra civil española*. Madrid, Ministerio de Asuntos Sociales-Instituto de la Mujer-Ministerio de Cultura, 1991, pp. 60-61. Ésta tuvo su equivalente catalán en la Aliança Nacional de la Dona Jove.

⁶⁰ «Cómo han acogido las mujeres el manifiesto del Partido Comunista», *Mujeres. Portavoz de las mujeres antifascistas*, nº 6, 2 de septiembre de 1936, p. 6.

la coyuntura bélica de las habilidades y competencias tradicionalmente consideradas como femeninas, y que están estrechamente relacionadas con la construcción de una identidad femenina “maternal”. Las actividades relacionadas con el funcionamiento cotidiano de la retaguardia, con el avituallamiento de los frentes y el cuidado de niños y heridos, ocupaban de este modo un lugar primordial en las tareas que las organizaciones femeninas confiaron a las mujeres. Sin embargo, el llamamiento a ocupar los puestos de trabajo abandonados por los hombres para ir al frente también implicaba una cierta revolución en las normas de género, sobre todo porque este llamamiento, que incluía a las mujeres “que nunca salieron de su hogar y del cuidado de sus hijos”, iba acompañado de acciones concretas para la capacitación cultural y profesional de las mujeres, así como de medidas para facilitar su integración laboral (como la puesta en marcha de guarderías y casas cuna) y la reclamación de un salario equivalente al masculino.⁶¹ El carácter extraordinario de dicha movilización quedaba sin embargo matizado y justificado por las propias circunstancias extraordinarias de la guerra, y el discurso insistía en un reparto genérico de tareas que no pondría en peligro el *statu quo*:

“Es preciso – todas lo sentimos – la victoria rápida, que todos los hombres útiles vayan al frente; nosotras, mujeres antifascistas, aseguramos que los puestos de la retaguardia estarán cubiertos. Nosotras decimos a los hombres que vayan a batirse; que su comida y su ropa estarán asegurados; que sus hijos estarán atendidos; que nuestra acción, cada día mejor, será la base segura de las victorias en la vanguardia”.⁶²

Sin embargo, esta asignación de tareas en la retaguardia que parece reforzar los papeles tradicionales de género cohabitaba con otras propuestas de movilización femenina, aunque fuesen minoritarias. Así, la figura de la miliciana, de la combatiente antifascista con las armas en la mano, no es rechazada de plano en la prensa femenina antifascista: no hay más que constatar la omnipresencia, tanto textual como iconográfica, de una mujer como Lina Odena, que es la heroína por antonomasia de las mujeres antifascistas, propuesta en particular como modelo a las “muchachas” y sistemáticamente representada con su mono azul de miliciana y su insignia de aviación, posando incluso frente a una avioneta. La presencia de Lina Odena en la primera línea de combate y su muerte en el frente calificada de heroica son constantemente evocadas. Pero también puede ser significativo que una de las raras imágenes de milicianas publicadas en la prensa de la AMA, al margen de las representaciones idealizadas de Lina Odena, sea la de una miliciana besando a su bebé antes de partir al frente, figura que condensa, como parece ser habitual en el discurso femenino antifascista, emancipación y maternidad.⁶³ Por otra parte, la representación de las milicianas evolucionó en función de las

⁶¹ Comité Nacional de Mujeres contra la Guerra y el Fascismo, «A las mujeres antifascistas», *Mujeres. Portavoz de las mujeres antifascistas*, nº 6, 2 de septiembre de 1936, p. 8.

⁶² Ibidem.

⁶³ Lina Odena se suicidó con su pistola cuando estaba a punto de ser capturada por fuerzas franquistas en el frente de Granada. Existen varias biografías suyas, incluyendo una reciente en forma de cómic. Ver *Lina Odena, heroína del pueblo*. Madrid, España-América, 1936; Ángel ESTIVILL: *Lina Odena: la gran heroína de las juventudes revolucionarias de España*. Barcelona, Maucci, 1936; Antonio GASCÓN y Manuel MORENO: *Lina Odena. Una mujer*. Barcelona, Comissió d'Alliberament de la Dona Lina Odena - PCC, Caepisa, 1996; Jorge

necesidades bélicas, particularmente de la defensa de Madrid en el caso de la edición madrileña de *Mujeres*. En septiembre de 1936, Aurora Arnaiz retrataba en un artículo a la miliciana Cristina Aparicio, descrita participando en un avance frente al enemigo, “fuerte el fusil y firme el pulso (...) cerrando los ojos ante los caídos”:

“La actuación de algunas muchachas en el frente de fuego, tal como la de Cristina Aparicio, que hoy resaltamos, merece el aplauso de las conciencias libres. Por lo que tiene de realidad eficaz, pero también, y esto conviene no olvidarlo, por lo que representa de promesa ante una lucha más firme todavía que en su día habrá que sostener”.⁶⁴

Sin embargo, de esta exaltación de la miliciana que avanza en primera línea de fuego “como uno más” se pasa rápidamente a presentar como la “labor eficaz de una mujer en el frente” ya no manejar el fusil en pie de igualdad con los hombres, sino recorrer los frentes para “levantar la moral” de los milicianos:

“Mujeres así nos hacen falta; mujeres que vengan a hablarnos. Sabemos que trabajan por nosotros, porque lo leemos en la Prensa y porque tenemos pruebas materiales – y el muchacho enseña con satisfacción su magnífico jersey –; pero será tontería, será lo que sea: nos gusta a los hombres que nos repitan que, a a vez que estamos dando el pecho para aplastar al fascismo, ellas en la retaguardia cumplen también con entusiasmo su labor de antifascistas”.⁶⁵

En todo caso no debe minusvalorarse el carácter radicalmente novedoso, aunque viniese envuelto en un lenguaje de género tradicional, de la movilización a gran escala demandada a las mujeres desde el antifascismo en el marco de un conflicto que implicaba tanto a civiles como a militares en una guerra total. Una movilización que rompía, a pesar de todo, la tradicional asignación de las mujeres al espacio privado (aunque los argumentos empleados remitiesen a un discurso de tipo maternalista que esencializaba la identidad femenina), que valoraba y dignificaba su contribución al esfuerzo colectivo y les ofrecía un puesto en igualdad con los hombres en cuanto a la responsabilidad de la victoria, aunque las tareas que se les asignasen fuesen diferentes a las masculinas. Una movilización, en fin, que se realizó también apelando a la defensa de la emancipación femenina frente a un fascismo “que las

GARCÍA (texto) y Carlos MAIQUES (dibujos): *Lina Ódena: palabras (de) mayores*, Barcelona, Fundación Pere Ardiaca, 2008. La foto de la miliciana aparece en *Mujeres. Portavoz de las mujeres antifascistas*, nº 8, s.f. (¿octubre de 1936?), p. 7, con el siguiente texto: “Antes de salir para el frente, donde lucha con su compañero, esta simpática miliciana da un último beso a su nena, que queda a cargo de su abuela”. Uno de los primeros análisis de la figura de la miliciana en Mary NASH: «La miliciana: otra opción de combatividad antifascista», en *Las mujeres y la guerra civil española*, Madrid, Ministerio de Asuntos Sociales-Instituto de la Mujer-Ministerio de Cultura, 1991, pp. 97-108. Recientemente, Lisa Lines proponía otro análisis de la figura de la miliciana ampliándola a las mujeres que en la retaguardia recibieron instrucción militar y estaba teóricamente preparadas para intervenir militarmente en la defensa de las ciudades, como en el caso de las integrantes del Batallón Lina Odena de Madrid. Lisa LINES: «Female combatants in the Spanish Civil War: in the Front Lines and in the Rearguard», *Journal of International Women's Studies*, vol. 10, 4 (2009), pp. 168-187.

⁶⁴ Aurora ARNAIZ: «Cristina Aparicio», *Mujeres. Portavoz de las mujeres antifascistas*, nº 6, 2 de septiembre de 1936, p. 8.

⁶⁵ «Lo que puede hacer. Labor eficaz de una mujer en el frente», *Mujeres. Portavoz de las mujeres antifascistas*, nº 9, 31 de octubre de 1936, p. 3.

convierte en esclavas del Estado y del marido”.⁶⁶ Las oportunidades abiertas por esa movilización, la toma de conciencia tanto política como de género que sin duda significó para muchas mujeres, convierten la movilización femenina antifascista durante la guerra civil en un momento clave en la evolución de la condición de las mujeres españolas. Sin embargo, todavía nos queda por saber cuál fue realmente el papel de las mujeres antifascistas y del antifascismo femenino en la configuración de la retaguardia republicana y en los diferentes conflictos que la atravesaron, tanto los referentes a la represión del “enemigo fascista”, que pudieron implicar a las mujeres en labores de vigilancia y denuncia o en la propia represión, como en lo que respecta a la propia conflictividad interna al bando republicano.⁶⁷

Reconstruyendo el antifascismo femenino en el exilio

A pesar de la catástrofe que supuso para las mujeres republicanas, la derrota de 1939 no puso fin definitivamente al proyecto de construcción de una cultura política femenina desde el antifascismo. Desde el exilio al que la mayoría de ellas se vieron abocadas, las dirigentes de la *Agrupación de Mujeres Antifascistas* reactivaron los discursos, las prácticas y la memoria colectiva del antifascismo femenino para reorientarlo hacia una nueva misión: la de movilizar a las mujeres del exilio republicano en la colaboración activa con la resistencia antifranquista. Pero para que esta reactivación tuviese lugar de forma visible hubo que esperar al fin de la Segunda Guerra Mundial, período en el que las mujeres antifascistas no estuvieron inactivas pero durante el que no pudieron, por razones obvias, reconstruir una organización de forma legal. Así, tras algunos conatos de reorganización en el exilio mexicano, la organización de mujeres antifascistas resurgió en el exilio francés en marzo de 1945, de la mano de un grupo de mujeres relacionadas con el Partido Comunista (entre las que se encontraba la que, al menos nominalmente, era la responsable del Partido en Francia, Carmen de Pedro), para constituirse oficialmente con el nuevo nombre de *Unión de Mujeres Españolas* (UME).⁶⁸ De vuelta de su exilio moscovita, Dolores Ibárruri e Irene Falcón retomaron la dirección de la organización femenina, que celebró su primer Congreso en Toulouse en 1946, en el curso del cual Dolores Ibárruri fue designada como presidenta e Irene Falcón como secretaria general. Como en la AMA de los años treinta, las dos mujeres serían las principales artífices de las directrices y de la orientación de la organización femenina antifascista. Y también en 1946 la

⁶⁶ «Después de nuestra conferencia unamos nuestros esfuerzos», *Muchachas*, nº 3, 5 de junio de 1937, p. 2.

⁶⁷ Un reciente trabajo de investigación aún no publicado da unas primeras pistas acerca de estos conflictos y el papel representado en ellos por las mujeres, aunque el acento se pone más bien en el papel de las mujeres como víctimas de la represión republicana. Émilie GARCÍA: *Les femmes au coeur de la Guerre Civile: Faiblesse de l'antifascisme? Normes de genre et politique répressive dans l'Espagne républicaine*. Université Bordeaux III, Mémoire de Master 2 sous la direction de François Godicheau, 2009.

⁶⁸ He analizado con detalle esta organización en Mercedes YUSTA: *Madres coraje contra Franco...* Remito a sus páginas para una explicación detallada de lo que, por razones de espacio, se explica en este apartado de forma somera. La organización mexicana ha sido estudiada por Pilar DOMÍNGUEZ: *Voces del exilio. Mujeres españolas en México 1939-1950*. Madrid, Comunidad de Madrid-Dirección General de la Mujer, 1994, y *De ciudadanas a exiliadas. Un estudio sobre las republicanas españolas en México*. Madrid, Cinca, 2009.

organización comenzó a publicar su revista, *Mujeres Antifascistas Españolas*, que retomaba en parte el espíritu de las publicaciones antifascistas femeninas de los años treinta aunque con un formato “feminizado”, influido sin duda por el auge de la prensa femenina especializada a partir de 1945.⁶⁹

La reaparición en el exilio francés de la organización de mujeres antifascistas tiene mucho que ver con la reorganización de la militancia comunista española, y del exilio republicano en general, tras los años de la Segunda Guerra Mundial. Pero como había sucedido en 1934, la reorganización de las mujeres antifascistas españolas en el exilio también debe ser resituada en un marco transnacional. En efecto, la Liberación de Francia marcó el inicio de un movimiento que sacó a la luz las diferentes redes y movimientos clandestinos de la Resistencia en Francia; a nivel europeo, el final de la guerra marcó también un momento inédito de unidad de la izquierda en el que los ideales del antifascismo parecían haber triunfado y ser aceptados por el conjunto de los partidos y movimientos que habían participado en la resistencia contra el fascismo, el nazismo y la ocupación alemana. En los países europeos liberados, como en el caso de Francia, aparecieron gobiernos de unidad que incluían a los comunistas y que aceptaban el antifascismo como uno de los nuevos fundamentos de la Nación. La Unión Soviética, aureolada por las victorias del Ejército Rojo y su papel en el aplastamiento del fascismo, aparecía más que nunca para una parte de la izquierda europea como un modelo al que aspirar.⁷⁰ En este contexto se inició, por parte de las mujeres francesas pertenecientes a la *Union des Femmes Françaises*, organización próxima al PCF, un movimiento de reorganización de las mujeres antifascistas a nivel europeo que culminaría en la creación de una Federación internacional, la *Federación Democrática Internacional de Mujeres* (FDIM), cuya pretensión era la de favorecer la intervención política de las mujeres antifascistas en los procesos de reconstrucción de las naciones europeas, velando particularmente por el aplastamiento de los últimos vestigios del fascismo. De los cuales, por cierto, la España de Franco era el más notable ejemplo.

La fundación de la FDIM, durante un congreso celebrado en París en 1945 al que asistieron delegadas de 60 países, recuerda inevitablemente al proceso que condujo a la creación de Mujeres contra la Guerra y el Fascismo: de forma harto simbólica, la sede del Congreso fue la misma que en 1934 (el Palais de la Mutualité de París) y allí se reencontraron mujeres que habían participado en la puesta en pie del movimiento antifascista femenino diez años antes, como la propia Gabrielle Duchêne, Cécile Brunschwig o Dolores Ibárruri. Además, al Congreso asistieron varias veteranas de las *Mujeres Antifascistas* de los años 30: en primer lugar Dolores Ibárruri, que fue designada como una de las 4 vicepresidentas de la

⁶⁹ Un estudio detallado de esta publicación, que mezcla el periódico militante y el *magazine* femenino (con sus páginas de belleza, puericultura o moda) en Mercedes YUSTA: «La revista *Mujeres Antifascistas Españolas*, o la construcción de una identidad femenina comunista en el exilio francés (1946-1950)», *Pandora: Revue d'Études Hispaniques de Paris* 8, n° 5; «Féminités», 2005, pp. 119-131.

⁷⁰ Tony JUDT: *Posguerra. Una historia de Europa desde 1945*. Madrid, Taurus, 2005, p. 181; Geoff ELEY: *Un mundo que ganar. Historia de la izquierda en Europa, 1850-2000*. Barcelona, Crítica, 2003, p. 307.

Federación (la presidenta fue, hasta su muerte, la francesa Eugénie Cotton), pero también Victoria Kent, Irene Falcón o Elisa Uriz. Y de hecho, la creación de la Federación puede considerarse como el verdadero punto de partida para la puesta en pie de la organización de mujeres españolas.⁷¹ Así, la UME arrancó a la vez bajo el signo de la continuidad con el antifascismo de los años treinta y de la colaboración internacional de las mujeres antifascistas en el seno de la Federación, una doble filiación que era reafirmada en el primer Congreso de la organización.⁷²

Sin embargo, a pesar de la conciencia que probablemente tenían las mujeres antifascistas de situarse en la prolongación de un movimiento histórico que arrancaba en los años 30, el antifascismo va a sufrir de forma muy rápida importantes mutaciones debidas al nuevo contexto internacional. La unidad antifascista de 1945 iba a ser rápidamente reemplazada por una desconfianza cada vez más grande hacia la Unión Soviética y el comunismo en general que repercutiría negativamente en la situación política de los partidos comunistas occidentales. A su vez éstos se replegaron de forma cada vez más evidente en la defensa de los intereses de la Unión Soviética y la denuncia de las “potencias imperialistas”: el enemigo fascista fue así progresivamente sustituido en el discurso de las organizaciones comunistas por el “imperialismo angloamericano”, presentado como un continuador de la política agresiva del fascismo, en particular en el Tercer Mundo. De ese modo, el antifascismo fue convirtiéndose progresivamente en una ideología que retomaba los argumentos elaborados en los años treinta para defender la política exterior de la Unión Soviética. En apenas dos años, entre 1945 y 1947 (momento en que los partidos comunistas fueron expulsados de los gobiernos europeos de unidad), tomaba forma el conflicto que conocemos como “guerra fría” y se confirmaba la división de Europa en dos bloques enfrentados. Y en el marco de esta guerra fría, la reconfiguración ideológica del antifascismo iba a tener una importancia de primer orden.⁷³

En esta reelaboración del antifascismo, el papel de las organizaciones femeninas y en particular de la FDIM iba a ser crucial. Hay que señalar, en este sentido, que la FDIM funcionaba como la fábrica ideológica que alimentaba a las organizaciones nacionales que formaban parte de ella, entre las que se encontraba la Unión de Mujeres Españolas, las cuales reproducían argumentos elaborados desde el Comité ejecutivo de la FDIM (del que formaban parte, entre otras, Dolores Ibárruri e Irene Falcón) y que marcaban la línea a seguir por parte de las organizaciones afiliadas a la Federación. Las mujeres antifascistas elaboraron a partir de 1945 un discurso que combinaba argumentos de tipo pacifista y maternalista para defender la política de la URSS, presentada, como ya había sido el caso en los años treinta, como la

⁷¹ Los documentos de este Congreso están reunidos en FÉDÉRATION DÉMOCRATIQUE INTERNATIONALE DES FEMMES: *Congrès International des Femmes. Compte rendu des travaux du Congrès qui s'est tenu à Paris du 26 novembre au 1er décembre 1945*. Paris (XVIe), Édité par la FDIM, 37, rue Jouvenet, 1945.

⁷² *Unión de Mujeres, boletín interior*, nº 9, Toulouse, agosto de 1946.

⁷³ Tony JUDT: *Posguerra...*, pp. 297-336. Ver también Bruno GROPPPO, «El antifascismo...».

campeona de la paz mundial. Y este discurso era esgrimido desde la legitimidad que daba a las mujeres, como defensoras de la paz, su condición de madres:

“Aún no se han cicatrizado las heridas causadas por la terrible guerra desencadenada por los fascistas. Las ciudades destruidas por los bombardeos aéreos todavía no están reconstruidas, y ya se preparan los magnates financieros y los círculos militares anglo-americanos para segar la vida de las nuevas generaciones, de nuestros hijos, para destruir todo lo que nos es querido, impidiendo a las gentes sencillas disfrutar del producto de su trabajo pacífico.

(...) Los instigadores de una nueva guerra aumentan los armamentos, organizan bloques y alianzas militares, facilitan el resurgimiento del militarismo alemán y crean bases militares en todo el mundo, restablecen el potencial militar del Japón, tratando de convertirle en una plaza de armas en Extremo-Oriente. Amenazan a la humanidad con el instrumento más bárbaro de agresión, la bomba atómica. Se oponen en la ONU a todas las proposiciones de la Unión Soviética y demás Estados amantes de la paz, que tienden a su fortalecimiento, a reducir los armamentos y a prohibir el arma de exterminio de los pueblos: la bomba atómica.

(...) De nosotras depende el impedir que nuestros esposos, nuestros hijos y nuestros hermanos sean lanzados a una nueva guerra y convertidos en carne de cañón en interés de los aventureros y de los fabricantes de la bomba atómica. De nosotras depende el hacer cesar para siempre el estruendo de las bombas que masacrarían a nuestros hijos y a nuestros nietos”.⁷⁴

El maternalismo que ya estaba presente en el discurso antifascista femenino en los años treinta se acentuó de forma notable en la posguerra mundial, en un contexto político de vuelta a la “normalidad” tras los años de la guerra (una “normalidad” que incluía el retorno a un reparto de roles de género y a una feminidad tradicionales, tras los trastornos provocados por la guerra y la ocupación) y de fuerte impulso a la natalidad. En un contexto conservador en el que las virtudes atribuidas a la maternidad eran objeto de una fuerte revalorización por parte del conjunto de las sociedades europeas, las mujeres antifascistas y en particular las comunistas tuvieron el “talento” de “poner de relieve la dimensión política de estos símbolos” y utilizarlos como elementos de autoridad y de legitimación de su actuación en el espacio público.⁷⁵ Pero además, el contexto de la guerra fría dio a estos argumentos maternalistas y pacifistas una nueva lectura ideológica, al ser utilizados para elaborar una argumentación pacifista que resaltaba la labor por la paz de la Unión Soviética frente a las potencias occidentales, presentadas como potenciales iniciadoras de una nueva conflagración mundial. Un discurso que pasó, finalmente, de las organizaciones femeninas a ser empleado tanto por el conjunto de la izquierda europea procomunista como por el propio Cominform, que a partir de 1948 adoptaba de forma oficial la estrategia pacifista y convocaba en Wroclaw, Polonia, un Congreso Mundial de Intelectuales por la Paz, inicio de una serie de reuniones que culminarían en la organización de una gran organización internacional pacifista y prosoviética, el *Rassemblement Mondial pour la Paix*.⁷⁶

Otra de las consecuencias que la guerra fría tuvo para el antifascismo femenino fue la ruptura neta entre las organizaciones femeninas antifascistas y las grandes organizaciones

⁷⁴ «Manifiesto por la defensa de la paz: Juntas ganaremos la batalla de la paz y de la democracia», *Mujeres Antifascistas Españolas*, nº 26, abril de 1949, pp. 12-13.

⁷⁵ Yvonne KNIBIEHLER: *La révolution maternelle. Femmes, maternité, citoyenneté depuis 1945*. Paris, Perrin, 1997, cit. p. 42. Ver también Sylvie CHAPERON: *Les années Beauvoir (1945-1970)*. Paris, Fayard, 2000.

⁷⁶ Sylvie CHAPERON: *Les années Beauvoir...*, pp. 126-129; Tony JUDT: *Posguerra...*, pp. 331-332.

internacionales femeninas y feministas, de cuya alianza, sin embargo, había surgido el antifascismo femenino en los años treinta. Convertidas en una seria competencia para la pretensión de la FDIM de representar a las mujeres progresistas del mundo entero, las grandes organizaciones feministas como la *Alianza Internacional de Mujeres* o la *Liga Internacional de Mujeres por la Paz y la Libertad* fueron denunciadas desde la FDIM por haber “desaparecido” durante la guerra y calificadas de organizaciones “burguesas”, preocupadas únicamente por la cuestión del sufragio y no por los “verdaderos” problemas de las mujeres. La Alianza era así calificada de “sufragista y fuera de la vida”,⁷⁷ mientras que Pasionaria iba aún más lejos denunciando unas organizaciones de mujeres “sin influencia ni representatividad” que prestaban su tribuna a “elementos de la reacción”, llegando a identificar estas organizaciones con el “fascismo derrotado”.⁷⁸ Por tanto, una alianza con el feminismo que había parecido posible en los años treinta se reveló inviable en el contexto de la guerra fría y de la competencia entre diferentes tipos de organizaciones femeninas. Tanto la FDIM como la UME marcaban así su ruptura con el feminismo, a la vez que acentuaban su discurso maternalista como una estrategia de “empoderamiento” para legitimar la acción política de las mujeres antifascistas.

En el caso de las mujeres de la *Unión de Mujeres Españolas*, esta legitimación de la acción política femenina antifascista era tanto más importante cuanto que, contrariamente a sus correligionarias europeas, las españolas seguían inmersas en un combate de claro signo antifascista que prolongaba el que había comenzado en los años treinta. Para ellas, resultaba vital, por una parte, proporcionar el mayor eco posible a la lucha de los antifranquistas españoles, misión para la cual la FDIM se reveló como una caja de resonancia excepcional, insistiendo en que la existencia de la dictadura de Franco era una prueba de que el fascismo no había sucumbido e incluso ponía en peligro la paz mundial. El slogan soviético de los años treinta, “la paz es indivisible”, fue así recuperado por las dirigentes de la FDIM para denunciar a nivel internacional la dictadura franquista, cuya existencia misma haría peligrar la paz mundial. Por otra parte, para las mujeres de la UME el recurso al maternalismo funcionó para animar a la acción política a todas las mujeres de la emigración, incluso a aquellas que no estaban previamente politizadas, construyendo un discurso que era a la vez de claro signo político y fuertemente generizado, en el que una vez más se insistía en la naturalización del antifascismo femenino (en este caso, más bien del antifranquismo) y en la legitimidad de la acción política femenina presentada como la acción de las madres por el futuro de sus criaturas, con el fin de vencer toda reticencia (incluso, o principalmente, de las propias mujeres) a participar en el combate antifranquista. La maternidad se convierte así en elemento

⁷⁷ «Informe de Charlotte Muret sobre el Congreso de la Alianza Internacional de Mujeres. Laussanne, 19 agosto 1946». Organizaciones de mujeres, caja 118, legajo 5, Archivo Histórico del PCE.

⁷⁸ «Informe de Dolores Ibárruri en el C. E. de Moscú (septiembre 1946) sobre la reorganización de organizaciones de mujeres como la Alianza Internacional de Mujeres o la LIFPL». Organizaciones de Mujeres, caja 116, legajo 10, Archivo Histórico del PCE.

identitario que a la vez explica y justifica la acción de las mujeres en la lucha antifranquista. Las mujeres, en efecto, son antifranquistas porque son (o pueden ser) madres:

“El dolor de las madres que ven morir a sus hijos, por no tener la leche, el pan y las medicinas que reclaman sus pobres cuerpecitos, se convierte en odio acendrado contra los responsables de esta situación trágica: Franco y su régimen criminal. Y ese odio, a su vez, es impulso poderoso a la acción antifranquista, cada vez más organizada y más amplia, que abarca ya a millares de mujeres obreras y campesinas, a empleadas e intelectuales, mujeres del hogar, madres de familia, jóvenes y ancianas”.⁷⁹

De este modo, y como sucedió con el antifascismo en los años treinta, a través de la identificación entre mujer y maternidad la propia identidad política antifranquista fue naturalizada por la organización para presentarla como “lo propio” de las mujeres, que deberían así ser antifranquistas “por naturaleza” puesto que el antifranquismo comprendía todo el catálogo de virtudes femeninas y maternas que se consideran inherentes a toda mujer. Así, para la feminista Isabel Oyarzábal de Palencia, que siguió ligada a la organización de mujeres antifascistas desde su exilio mexicano, “la mujer no PUEDE ser franquista desde ningún punto de vista razonable”:

“Como mujer simplemente no puede admitir lo que está en contradicción con todos los sentimientos que en ella deben de existir sólo por serlo. ¿Cómo la mujer, que es fuente de vida, va a dar su apoyo a lo que mata? ¿La mujer que nutre a otros seres de su carne y su sangre va a estar complacida con quienes les condenan a morir de hambre? La que es o debe ser defensa del débil ¿cómo puede colaborar en su exterminio? Pensándolo un poco es muy difícil comprender el que haya mujeres capaces de colaborar en actuaciones que son contrarias a todo lo que en ellas es natural”.⁸⁰

Finalmente, la mutación del antifascismo femenino en el exilio se concretó en una movilización política femenina concebida y legitimada como la acción política de las madres en el espacio público contra la dictadura de Franco y en favor de la paz mundial, dos objetivos que se describían como estrechamente relacionados. Las alusiones a la lucha antifascista como lucha por la emancipación femenina desaparecieron y fueron sustituidas por reivindicaciones de tipo maternalista y familiarista; la autonomía y la dignidad femeninas se reivindicaban y legitimaban, pero en aras de un interés mayor: la paz y la felicidad de las generaciones futuras. En palabras de Rosa Vilas, una de las dirigentes de la UME,

“En nuestra lucha por la democracia y por la libertad, nosotras defendemos la igualdad de derechos políticos y sociales del hombre y la mujer, el acceso de la mujer a todos los puestos de trabajo, de la vida política y social, porque entendemos que es mediante la elevación de la cultura de la mujer y su participación en la vida social y política del país, como se trabaja por un porvenir de paz, por el más alto nivel cultural y de libertad de las generaciones futuras. Y entendemos que las mujeres debemos tener voz y voto cuando se trata del porvenir de nuestros hijos. Que es un deber y un derecho de las mujeres contribuir a forjar y conquistar para ellos ese porvenir. Y esa gran misión de la maternidad que nos incumbe, contraria a todo movimiento de inspiración

⁷⁹ «Jornada internacional de la mujer: ¡España no será carne de cañón de los imperialistas angloamericanos!», *Mujeres Antifascistas Españolas*, nº 35, marzo de 1950.

⁸⁰ Isabel O. DE PALENCIA: «Por qué la mujer no puede ser franquista», *Mujeres Antifascistas Españolas*, nº 4, 15 de enero de 1947, p. 3.

feminista [la cursiva es mía], es el poderoso acicate que inspira nuestras acciones, sin que olvidemos en ningún momento nuestra condición de mujeres”.⁸¹

De esta forma, una cultura política que había nacido de la confluencia entre el antifascismo y el feminismo acabó convirtiéndose en una cultura política alternativa al feminismo, cuando no abiertamente antifeminista. Detrás de estas mutaciones se encuentra la subordinación cada vez mayor de las organizaciones femeninas antifascistas a estrategias políticas concebidas fuera de dichas organizaciones: la estrategia de apoyo a la Unión Soviética promovida por el Cominform, las opciones estratégicas del PCE para posicionarse como líder del antifranquismo. Por otro lado, el hecho de estar ambas cuestiones ampliamente ligadas le costaría al PCE su ilegalización en Francia en 1950, así como la de todas sus organizaciones satélites, entre las que se contaba la *Unión de Mujeres Españolas*. En cierto modo se puede considerar que ese momento marca el definitivo abandono de una cultura política, la del antifascismo femenino, que ya no se adaptaba a la nueva situación geopolítica ni a las necesidades de la militancia femenina antifranquista.

La Guerra Fría acabó de ese modo transformando el antifascismo en una estrategia de legitimación de la política exterior soviética y provocando la ruptura con la herencia del antifascismo de los años treinta. En lo que respecta a las mujeres antifascistas españolas, su lectura maternalista del antifascismo fue sin duda eficaz para movilizar a una parte de las mujeres del exilio republicano en la colaboración con la resistencia antifranquista. Para sus dirigentes, el contacto con la FDIM y la subordinación a sus directrices (directrices que en buena parte eran marcadas también por las dirigentes españolas, en particular Dolores Ibárruri) supusieron sin duda importantes cotas de influencia y de poder político. Pero la pérdida del potencial movilizador y emancipador que el antifascismo femenino pudo tener en sus orígenes, el reforzamiento de los roles tradicionales de género, la subordinación de la organización de mujeres a intereses que en realidad eran en gran medida ajenos a los de las mujeres que militaban en ella, parecen haber sido el precio a pagar.

⁸¹ «Rosa Vilas informa sobre propaganda y cultura». *Unión de Mujeres Antifascistas Españolas*, Consejo Nacional, s.l., 1947, p. 90.